

ARTHUR C.
CLARKE

Y MIKE McQUAY



SISMO
GRADO 10

A los siete años de edad, Lewis Crane fue el único sobreviviente de su familia después del fuerte terremoto que golpeó la ciudad de Los Ángeles en 1994. Treinta años después, Crane es un sismólogo de fama mundial. Empeñado en combatir el flagelo que acabó con la vida de sus padres, ha desarrollado una teoría para la predicción de movimientos sísmicos.

Cuando Crane y su equipo predicen un sismo de grado 8.5 en la escala de Richter, capaz de arrasar las ciudades de Memphis, Indianapolis y Nashville, hay quienes lo acusan de demente. El resultado será totalmente inesperado, y hará que Crane lo pierda todo: su reputación, su mejor amigo y la mujer que ama. Pero Crane sabe que una amenaza mucho mayor y terrible acecha: un sismo grado 10...

Arthur C. Clarke, maestro legendario de la ciencia-ficción, nos trae, con la colaboración de Mike McQuay, una obra maestra del terror catastrófico, fundada en los más recientes descubrimientos acerca de nuestro vivo e inquieto planeta Tierra.

El genio es, en un vasto sentido particular, como la vida: de ambos nada sabemos, salvo por sus efectos.

CHARLES CALEB COLTON

El mundo siempre está listo para recibir el talento con los brazos abiertos. Muy a menudo no sabe qué hacer con la genialidad.

OLIVER WENDELL HOLMES

Prólogo

NORTHRIDGE, CALIFORNIA

17 DE ENERO DE 1994. 04:31

Con los dedos de la mano hormigueándole, y entumecidos los de los pies, el pijama empapado con sudor, Lewis Crane despertó abruptamente. ¡Cada uno de sus peores terrores nocturnos era real! Y, en ese horrible instante, supo que todo el tiempo había sido él quien tuvo la razón, y que fueron los adultos los que habían estado equivocados. Las Cosas Salvajes sí moraban en la parte trasera de su armario; un dragón sí entraba a hurtadillas cuando bajaba el Sol y se le acurrucaba en la cama. Los monstruos eran invisibles bajo la mortecina luz de Luna que se filtraba por las tablillas de la persiana, pero Lewis sabía que estaban ahí. Rugían de modo horripilante y se desplazaban por la habitación pisoteándolo todo, haciendo que la cama se retorciera como un trampolín al que Lewis trataba de treparse. Cerró los ojos hasta que le dolieron y se apretó los oídos con las manos... pero los monstruos no se iban. Se volvían más salvajes y proferían ruidos aún más intensos.

Súbitamente lanzado de la cama, Lewis chilló llamando a sus padres.

Su voz era tan débil y el ruido tan fuerte, que mamá y papá nunca lo iban a oír. Tenía que llegar hasta ellos. Con el corazón martillándole en el pecho, trató de ponerse de pie, pero el miedo lo retuvo atornillado al piso, que empezó a corcovearle debajo de los pies, y las paredes a ondular como los enormes pitones que Lewis había visto en el enor-

me zoológico de San Diego. Los estantes de la biblioteca temblaban, las sillas se estremecían, y los videojuegos apilados sobre la computadora se desmoronaron. Algo le pasó zumbando sobre el hombro —el cuadro que colgaba sobre la mesita que estaba junto a la cama— y cayó al lado de la rodilla de Lewis, el vidrio saltó fuera del marco y le roció la pierna con los fragmentos.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Mamá, papá, ayúdenme!

Todo se agitaba. Todo. Libros y camioncitos de colección salían volando de los estantes; los muñecos articulados de los Power Rangers y las Tortugas Ninja danzaban como si tuvieran vida propia, mientras caían hacia la alfombra. El espejo que estaba sobre la cómoda y el acuario de al lado del escritorio se hicieron pedazos sobre las partes sin alfombrar del piso. Desde el otro lado de la habitación, vidrios y agua llovieron sobre el niño sin impedimento alguno.

—¡Papito! —volvió a gemir, en el preciso instante en que el armario de cajones se estrelló a centímetros de donde Lewis estaba sentado. Entonces se puso de pie de un salto, pero el piso subía y bajaba, haciéndole perder el equilibrio y caer violentamente de rodillas.

Y Lewis se precipitó hacia el fin del mundo.

Su cuerpo se sacudía con violencia, toda la habitación se sacudía con violencia, y entonces oyó el ruido más horrible que hubiera oído jamás en sus siete años de vida: sonaba como si el suelo, en muchos kilómetros a la redonda, se estuviera resquebrajando y la casa haciéndose pedazos. Quizás, hasta el cielo mismo se estaba disgregando en trozos.

Por la cara del niño rodaban las lágrimas. Empezó a arrastrarse hasta la puerta, avanzando de costado y en postura anormal, como si un gigante le hubiera torcido el cuerpo hacia un lado. Lewis creyó oír a su madre gritando su nombre, pero no podía estar seguro. Ahora estaba sollo-

zando. Precisaba a su madre; también a su padre. Tenía que llegar hasta ellos.

El vestíbulo estaba lleno con cosas peligrosas y se detuvo un segundo. Había trozos de yeso y varillas de metal entremezclados con púas dentadas de madera y feos pedazos de vidrio provenientes de los muebles, y con cuadros que solían estar pulcramente colgados a lo largo de las paredes. La pila era más alta que las rodillas del niño, que tenía miedo de lastimarse si se arrastraba sobre ella, pero la casa oscilaba tanto que no se atrevía a pararse y correr. Hizo una inhalación profunda y empezó a arrastrarse lo más rápido que pudo, golpeándose y cortándose brazos y piernas, sintiendo cómo le pinchaban y laceraban los muslos y los pies.

Alcanzó el comedor y un sollozo se le atoró en la garganta: pudo oír a sus padres. Mamá lo llamaba... pero papá chillaba de dolor. Aquí había mucha más luz, pero a Lewis no le gustaba porque era azulada y daba la impresión de estar titilando sobre todas las cosas de manera fantasmal. Se estremeció, después giró y apoyando la mano netamente sobre la pared se empujó con las piernas y trepó, palmo a palmo, hasta que se sostuvo sobre los pies. Toda la habitación estaba dando vueltas, lo que hizo que Lewis súbitamente recordara el barco para pesca de altura donde había estado el verano pasado: cabeceaba hacia abajo y hacia arriba, oscilando de un costado hacia el otro y, de no haber estado en el regazo de su papá quien tenía puesto el cinturón de seguridad a ese asiento grande atornillado al piso, tanto él como el asiento y todo lo demás habrían estado resbalando de una barandilla a la otra ¿Podría ser que la casa estuviera navegando sobre una ola inconmensurable? Qué tontería, el viento no podría empujar la casa desde Northridge hasta el mar. Pero ese otro ruido, esa especie de retumbo... pues sí que se parecía mucho al que hacía un ventarrón en una tormenta violenta.

—¡Lewis! —oyó a su madre gritar—. ¡Lewis, corre. Sal a la calle!

La madre entró con paso vacilante en la habitación y empezó a moverse con torpeza hacia su hijo. La bata de noche estaba apelmazada en torno del pecho, y desde la cintura colgaba en jirones que se le enredaban en las rodillas. Regocijo y alivio inundaron al niño quien se soltó de la pared y avanzó a los tropezones. Después quedó paralizado. Mamá estaba extendiendo la mano para aferrarse del borde de la mesa del comedor, que se deslizaba hacia ella y Lewis pudo ver detrás de ésta, cómo el enorme bargueño que papito había comprado para el regalo de aniversario, lentamente se venía abajo desde la pared...

Estalló el vidrio. Las astillas lo hirieron, desgarrándole el pijama. Oyó el estampido y el grito de su mamá, y vio las estrellas a través del repentino agujero que apareció en el techo del comedor. Todo pareció quedar en suspenso durante un segundo. Después se encontró arrastrándose torpemente sobre los escombros, arrancando desesperadamente trozos de material con las manos para lograr acercarse a su madre, cuyos cara y brazo derecho estaban expuestos hacia la noche.

—¡Te voy a sacar, mamá! —gritó. Sus lágrimas abrían surcos en el polvo que le cubría la cara.

—Corre, mi amor —susurró la mujer cuando el hijo pudo llegar hasta ella—. Corre hacia la calle.

En vano empujó el panel lateral del bargueño.

—Por favor, Lewis —dijo la madre, extrañamente calmada—, haz lo que te dice mamá.

—Pero tú... tú estás...

—No me d-desobedezcas. Haz ya mismo lo que te digo.

La mente de Lewis era un torbellino. No podía mover ese mueble, no solo. Necesitaba ayuda.

—Voy a buscar a alguien que me ayude a sacarte de ahí abajo —dijo dando un paso atrás cuando el bamboleo del

piso se frenó un poco. El retumbo sonaba lejano ahora, y se dio cuenta de que ya no oía a papá gritando desde el dormitorio.

—Vuelvo en seguida, mamá... ¿entiendes? Volveré en seguida por ti y papá.

—Sí, tesoro —contestó la madre con voz débil—. Apúrate... apúrate a salir.

Lewis rodeó los escombros renqueando, llegó a la sala de estar y estaba a punto de pasar por la puerta de calle, cuando otra sección del techo se desplomó con gran estruendo. Ya en la acera sintió olor a gas y vio el haz de linternas que recorrían velozmente los jardines del frente de las casas de esa cuadra. La calle tenía elevaciones y grietas; en todas las casas que estaban a ambos lados, la fachada se había desmoronado. El pánico agitó a Lewis, pero no tenía tiempo para eso. Necesitaba conseguir ayuda pronto.

Oyó gente, y se dirigió hacia las voces y linternas, gritando al mismo tiempo que corría.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme! ¡Por favor... alguien!

En ese momento tropezó en una nueva loma que se había alzado en el césped y cayó pesadamente de bruces. Le dolió todo el cuerpo... y lloró. Pero no permaneció ahí. Mientras se ponía de pie con dificultad, quedó repentinamente cegado por un haz de luz.

—Es el hijo de los Crane —gritó a voz en cuello un hombre que se alzaba delante de Lewis—. Vengan pronto.

De todas partes surgió gente que lo forzó a tenderse de espaldas en el suelo. Trató de empujarlos a un costado.

—Socorro, por favor. Mi mamá y mi papá todavía están adentro. Mamá está atrapada. Hay que...

—Tranquilo, hijo —le llegó la voz del hombre que lo retenía contra el piso—. Soy yo, el señor Haussman, de la casa de enfrente. No te preocupes, vamos a sacar a tus padres.

—¡Mi Dios, mírenlo! —dijo una mujer, mientras la gente recorría con el haz de las linternas el deshecho pijama de

Lewis—. Está sangrando mucho. Yo... ¡Oh, Señor: miren su brazo!

Lewis rodó sobre el costado para ver qué señalaba la mujer. Un pedazo de vidrio, grande como un programa de béisbol, le sobresalía de la parte superior del brazo izquierdo, al que ni siquiera sentía. Directamente no lo sentía.

—Mi mamá está atrapada —dijo. Una sombra extendió las manos y tiró con fuerza, sacándole de la carne el fragmento de vidrio—. Por favor, ayúdenla.

La mujer ahogó un grito y se dio vuelta, mientras Lewis se quedó mirando la sangre que brotaba con furia de su brazo, de ahí de donde le habían sacado el vidrio.

—Maldición —masculló el señor Hausman. Arrancó el resto de la camisa del pijama de Lewis y lo ató exactamente arriba de donde la sangre salía a borbotones—. Tenemos que llevarlo a un hospital.

—Mi camioneta —dijo el señor Cornell, el vecino de al lado—. Podemos ponerlo en la caja.

—Tráela —dijo el señor Hausman, y el señor Cornell se fue a toda velocidad.

—Mis padres... —dijo Lewis, tratando de incorporarse, nada más que para conseguir que el señor Hausman lo vuelva a poner de espaldas sobre el piso.

—Los sacaremos —dijo el hombre. Después se volvió hacia los otros espectros que estaban detrás del haz de sus linternas—. ¿Puede alguien meterse en la casa y buscar a los Crane?

El suelo se volvió a sacudir. Todos reaccionaron en forma audible, una señora llegó al punto de gemir como si padeciera un inmenso dolor.

El niño observó con alivio que varios hombres corrían hacia su casa.

—¿Qué está pasando? —preguntó, aferrando la manga de la camisa del señor Hausman.

—Terremoto, hijo —contestó el hombre, ajustando el nudo del torniquete improvisado—. Y bien grande.

—Y-yo olí g-gas —dijo Lewis, tratando de incorporarse una vez más.

—¿¡Gas!?! —Hausman parecía alarmado—. ¡Oh, no!

Puso a Lewis en el suelo y se irguió, dirigiendo el haz de su linterna hacia el señor Cornell, que estaba en la camioneta estacionada frente a la casa de al lado de los Crane.

—¡George! —gritó—. ¡No enciendas el...!

Una monstruosa explosión convirtió la noche negra como azabache, en día brillante. Lewis, recostado sobre los codos, vio una gigantesca bola de fuego que tragaba su casa, la del señor Cornell y la camioneta misma.

Chillidos de agonía rasgaron el aire. Hombres envueltos en llamas salieron corriendo de la casa de los Crane. En la cabina de su camioneta, el señor Cornell era una ramita que se retorcía, abrasada por el fuego. Lewis yacía estupefacto, la mente congelada por el dolor y el espanto, mientras los escombros, convertidos en ascuas, caían en derredor.

Era un niño, pero comprendió que acababa de perderlo todo... que el amor y la protección del hogar y de la familia se habían ido para siempre. Los incendios restallaban, incontrolables, a poco más de cuarenta metros de Lewis, haciendo que le manara el sudor por todos los poros y que el césped, ya pegajoso con su sangre, se volviera resbaladizo como el hielo. Ambos codos resbalaron, quitándole sostén al cuerpo. Tendido de espaldas, el niño se quedó contemplando un campo de estrellas que era asombrosamente brillante y frío, y que estaba muy distante.

Lewis Crane estaba solo.

Libro uno

CAPÍTULO 1

El namazu

ISLA SADO, JAPÓN

14 DE JUNIO DE 2024. AMANECER

Las hilachas de la primera luz matinal penetraban por la hendidura alrededor de la cortina de la entrada a la tienda y Dan Newcombe, estirado en su catre y desnudo, salvo por las botas y el microteclado en su muñeca trataba —con intensidad—, de detener los números. Se habían estado desgranando por su cerebro durante cuarenta y ocho horas, manteniéndolo despierto y poniéndolo más nervioso a cada momento.

Cerca de ahí, alguien empezó a cavar un respiradero en el suelo. Los números que había en la cabeza de Newcombe se hacían pedazos por el áspero retumbo metálico de cada golpe, volvían a formarse antes de la nueva caída del mazo, se volvían a hacer pedazos..., hasta que no pudo tolerarlo otro segundo más y, con un violento salto, se sentó en el catre, tapándose los oídos con el índice de cada mano. No servía. No podía dejar de oír los mazazos y los números todavía seguían corriendo por su cabeza. Pero, lo

peor era que se agregó otra persona en la colocación de un nuevo respiradero golpeteando fuera de ritmo respecto de la primera.

Newcombe se levantó, caminó hasta su estación de trabajo y encendió el farol, que iluminó apenas las dos mesas de gráficos cubiertas con equipo electrónico, y lanzó una mirada a la perilla facetada, parecida a una gema, que había en la parte superior del farol. Verde opaco: el maldito farol necesitaba una recarga, y Newcombe necesitaba luz, cantidades enormes de ella. En un mundo de mentiras, él se estaba preparando para apostar su vida por la verdad... y la verdad exigía luz. Newcombe odiaba las mentiras, lo que quería decir que odiaba la manera en que Lewis Crane hacía negocios, pero incluso Crane tenía que apreciar la verdad en cierto nivel, porque él también estaba apostando su vida, junto con la de cien seres humanos más, como mínimo —quizás, hasta miles— sobre la base de los cálculos de Newcombe. Crane siempre pensaba en grande.

Newcombe recogió el farol, lo llevó hasta la puerta de la tienda y lo sacó con rapidez. Al volver a traerlo de inmediato hacia adentro, parpadeó ante la luz cegadora que emitía. Una vez que hubo ajustado la brillantez, lo volvió a colocar sobre la mesa de gráficos y observó con satisfacción que cada rincón y cada pliegue de la tienda estaban completamente iluminados, en especial las pequeñas líneas espasmódicas de los sismogramas. Para él, esas líneas eran un idioma, un idioma que podía interpretar como ningún otro ser humano viviente. Confiaba en los sismogramas. A diferencia de la gente eran confiables, siempre sinceros. Les daban el mismo trato a todo hombre, mujer y niño, sin cambiar jamás las lecturas debido al color de la piel, o al sexo o la edad de quien los estuviera leyendo.

Comunicó las computadoras con un holograma flotante de diecisiete sismogramas suspendidos en el aire delante de él, en bandas alternas de azul y rojo. Sus diminutos cursores blancos registraban el palpitante corazón del planeta.

Una intensa actividad sísmica lanzaba su clamor desde los diecisiete gráficos, lo que significaba que todo lo que bordeaba esa sección de la placa del Pacífico estaba sometido a agitación. Newcombe podía sentirlo precisamente a través de las líneas flotantes. Sabía que Crane, donde fuera que estuviera, podía sentirlo también, sólo que Crane no necesitaba instrumento alguno, salvo sus instintos sobrenaturales... y ese brazo izquierdo inutilizado que tenía.

Hoy podía ser el día.

Newcombe puso en acción Memoria, con un toque muy leve en el teclado, y los gráficos volvieron a presentar la historia de las últimas dieciocho horas. Los ojos se le agrandaron ante la vista de las crestas sísmicas perfectamente alineadas en cinco sitios de las diecisiete pantallas: temblores que preceden al terremoto.

En el microteclado de muñeca tocó suavemente el icono de Crane y preguntó en voz alta:

—¿Dónde diablos estás?

—Buen día, doctor —dijo Crane con calidez, la voz llegando con tono melifluido a través del implante auricular de Newcombe—. Lindo día para un terremoto. Quizá debas unirte a nosotros para verlo. Estoy abajo, en las minas.

—Estaré ahí dentro de poco —dijo Newcombe, desconectando el teclado con otro toque, disgustado por el hecho de que Crane tuviera un tono tan amistoso, feliz casi, en un momento así.

Contempló los gráficos. Volvió a las lecturas actuales y a la aún aullante agitación.

—Y yo que creía que la Luna se había puesto.

Atónito, Newcombe giró rápidamente hacia el sonido de la voz burlona, sensual, perteneciente a la única mujer que podía poner a prueba su mente, su corazón y también su cuerpo, al mismo tiempo.

—¡Lanie! —exclamó.

—En carne y hueso, amor —dijo Elena King con una amplia sonrisa, los labios brillantes, cubiertos de protector

solar.

Aun cuando estaba envuelta de pies a cabeza para protegerse del fulgor del Sol, se la veía atrayente y provocativa. Y, a pesar de que portaba antiparras opacas que le cubrían los ojos, Newcombe pudo advertir que ella contemplaba la desnudez de él con una mezcla de deseo y humor. Se sintió casi aturdido y se apresuró a cruzar la tienda hacia la joven.

—Oh, Lanie —dijo, arrastrándola hacia sus brazos para darle un abrazo prolongado, intenso.

Con delicadeza la separó a un brazo de distancia, para someterla a una rápida inspección; le sacó el sombrero flexible y lo tiró por encima del hombro; después le quitó las antiparras, subiéndolas como si fueran una vincha. El espeso cabello ondulado cayó como cascada por la espalda. Mientras miraba esos ojos castaños que lo embelesaban desde hacía años, lentamente la atrajo hacia sí otra vez y bajó la cabeza para darle un beso prolongado.

Al saborearle los labios, Newcombe se dio cuenta de que no le habría gustado otra cosa más que perderse en esa mujer... pero estaban los sismos. Estaban los números. Y éste podía ser el día. Con renuencia interrumpió el beso, murmurando:

—¿Cómo tuve tanta suerte? ¿Qué te trajo acá?

—¿Y tú no lo sabes? —preguntó Lanie con incredulidad, al tiempo que se liberaba del abrazo y daba unos pasos hacia atrás—. ¿Tu compañerito Crane no te dijo que me contrató anoche?

Ahora fue el turno de Newcombe para sentir incredulidad.

—¿Te contrató a *tí*?

—¡Sí! ¡Me contrató a mí! Y me ordenó que arrastre el culo hasta aquí de inmediato.

En su interior agarrotado de temor por Lanie, y de furia con Crane por haberla puesto en peligro, Newcombe preguntó con brusquedad.

—¿Tu transporte todavía está en la isla?

—¿Y yo qué sé? —contestó ella con el ceño fruncido—. Lo que ahora importa más es qué demonios te pasó de repente.

Newcombe se lanzó hacia el pie del catre y tomó con premura sus pantalones de campesino chino.

—¿Qué me pasó? —Se metió en los pantalones y ajustó de un tirón la cuerda de la pretina en torno de la cintura; después se colocó la camisa de trabajo—. ¿Que qué me pasó? —repitió en tono más alto, al tiempo que pasaba el brazo como un ariete por la manga caqui—. ¡Nada me pasó a mí! —Señaló los hologramas—. ¡Eso es lo que está por pasar! Esta isla está a punto de quebrarse... ¡De fracturarse en pedacitos!

—Eso no es un secreto, amigo mío. Todos, en todas partes, están hablando de eso —sonrió Lanie—. ¿Estás tratando de decirme que no quieres que esté aquí?

Apenas si tuvo tiempo de parpadear, cuando volvió a estar en los brazos de él, quien ahora la besó sin miramientos.

—Eso debería responder a tu pregunta. Quiero que estés en cualquier parte donde pueda tenerte cerca, Lanie... menos aquí.

Le bajó las antiparras sobre los ojos y le apoyó suavemente los brazos en los hombros.

—¡Haremos que te saquen de esta maldita isla con rapidez!

Se volvió hacia el extremo de la mesa del campamento, revolviendo en el desorden que ahí había hasta encontrar las antiparras.

—Creo que no oíste lo que dije. —Lanie atrapó al vuelo el sombrero que Newcombe había encontrado en la mesa y se lo había lanzado—. A partir de anoche trabajo en este sitio dejado de la mano de Dios, exactamente igual que tú. Soy parte del equipo que hace trabajo de campo hasta que sea la hora de regresar a la inundación, donde trabajaré co-